

LA GERMANIA DE 1519: UNA REAFIRMACION FEUDAL

En el primer tercio del siglo XVI, la sociedad valenciana preveía un cambio, tenía conciencia de que la forma en que estaba estructurada no respondía a las necesidades de su tiempo ni seguía la evolución de otros países europeos, como Italia, Alemania o Inglaterra. Estas intuiciones desarrollistas también estaban presentes en otras zonas de la Monarquía hispánica (las Comunidades de Castilla, la Germania de Mallorca), aunque sus planteamientos fuesen distintos. Desde nuestro tiempo diríamos que era el reflejo de una situación contradictoria entre el modo de producción feudal y el nuevo de signo burgués-capitalista.

Los dolores de parto que toda nueva sociedad lleva consigo han sido frecuentes a lo largo de la Historia. Se les llama revoluciones, situaciones revolucionarias, cambios estructurales, cambios cualitativos. Estuvieron presentes en el 17 soviético, cuando un nuevo tipo de sociedad se consolidó; en el 89 francés y en las distintas revoluciones burguesas estudiadas por Hobsbawm, en la revolución industrial, en el Renacimiento y en la decadencia del Imperio romano por la abolición de la esclavitud —entre otras causas— todos son nuevos alumbramientos que la Humanidad ha ido realizando en su evolución. Con un pasado heredado y con un hoy real y contradictorio se construye un futuro posible y deseado. Ese espíritu debió animar a Copérnico, Galileo, Leonardo da Vinci, Cristóbal Colón, Tomás Moro, Napoleón, Marx, Hitler, Lenin, Mao y tantos otros personajes de la Historia.

En estas coordenadas hay que situar los pensamientos que escribía Eiximenis en su libro «Dotzè del Crestià», en 1484: «De ahora en adelante no habrá Reyes, ni duques, ni condes, ni nobles, ni grandes señores, antes bien, de aquí al fin del mundo reinará en todo el mundo la justicia popular, y todo el mundo, por consiguiente, estará dividido en comunas, tal como hoy se rigen Florencia, y Roma, y Pisa, y Siena, y otras ciudades de Italia y de Alemania». Este fraile veía en las recién estrenadas repúblicas o comunas italianas un modelo a imitar, ya que en ellas todos podían gobernar y gobernarse, cambiándose las relaciones feudales por unas nuevas. La génesis del incipiente capitalismo de las repúblicas italianas, que alcanzaría su desarrollo gracias a la fuente económica del Nuevo Mundo y a la puesta en marcha de la revolución industrial inglesa, era para

Francesc Eiximenis una nueva forma, con carácter definitivo «al fin del mundo», de sociedad más justa y popular.

Germania o Hermandad

Carlos I, en el verano de 1519, se encontraba en Barcelona buscando el apoyo de las Cortes Catalanas. El

de defender a la ciudad de posibles infiltraciones marítimas de los piratas se habían constituido en milicias gremiales, y que había «peligro de una revolución social». La comisión de los artesanos se quejaba de que se les quería prohibir llevar armas y celebrar juntas pidiendo al Rey que celebrase Cortes en Valencia. Las preocupaciones germánicas hicieron buscar una solución intermedia: enviar a Valencia

autoriza el uso de armas y reconoce la Germania o Hermandad. Es un monarca recién estrenado, todavía no afirmado en unas líneas políticas claras. Sin embargo, esta etapa de indecisión y de buenos tratos cambia de signo en abril de 1520, con la presión nobiliaria, que obtiene del Rey el nombramiento de un virrey en Valencia, don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Melito. La «delegación» monárquica



Las armas que debían defender de los piratas a la monarquía, se volvieron contra el mismo palacio del virrey, que fue saqueado e incendiado (pintura de F. Mota).

monarca necesitaba no sólo la fidelidad de los nobles, sino también el apoyo económico (las Cortes medievales habían tenido esta función específica), por ello, su primera preocupación fue saber que tanto castellanos, aragoneses como catalanes iban a colaborar en sus ambiciones imperiales. Con la muerte de su abuelo Maximiliano se convertía en Emperador de Alemania, y esto costaba dinero. En esta coyuntura llegaron las primeras embajadas al Rey procedentes del Reino: una comisión de nobles se quejaba de que las personas agrupadas en los gremios con la excusa

al cardenal Adriano como su representante.

En 1519, los nobles no necesitaban constituirse, pues en el sistema social del feudalismo eran una clase bien definida. Los artesanos —en sentido amplio—, sí. Estos empezaban a hablar de hermanos reunidos en Hermandad (= Germania). Un conjunto de sectores sociales: incipiente burguesía, artesanos y campesinos de tierras de realengo, unen sus intereses contra el sistema feudal a través de la Germania. El Rey Carlos I, en un principio, no objetará la existencia de este nuevo movimiento popular:

obraría desde el campo nobiliario, antiagermanado, aunque no fuese de hecho el antimonarquismo el móvil de los piratas, sino más bien el antifeudalismo.

El año 1519 fue un momento de crisis en el Reino de Valencia. El azote de la peste y el continuo riesgo de los piratas que querían colarse por los puertos mediterráneos influyeron en la decisión del Rey católico: formar una milicia gremial. De usar las armas contra los piratas a utilizarlas contra los nobles feudales solamente había un paso. Más en una situación de tensión dentro «del inestable marco de



Vicente Peris desempeñó el papel de Robespierre agermanado de la fase radical. Muerto el 3 de marzo de 1522, se paseó su cabeza en una pica por las calles de Valencia, y después fue clavada en la puerta de San Vicente (pintura de J. Segrelles).

JAIME M. MILLAS COVAS

la crisis del modo de producción feudal, en el ámbito de las contradicciones entre los bruscos "tiros" de las fuerzas de producción y el rígido anquilosamiento de las relaciones de producción" (1).

La afluencia de oro americano, que llegaba a través de la Casa de Contratación de Sevilla, había provocado un alza de precios antes que en el resto de Europa, según Hamilton, que junto a una «sangrante» política imperial, según Vilar, motivaría el retraso del desarrollo económico en el Imperio. El metal precioso solamente hizo escala en Sevilla, rumbo Amberes. Alza de precios es paralela a agitación popular cuando no hay un consiguiente aumento de salarios (la acumulación de capital se realiza gracias a este desnivel). A grandes rasgos, ésta era la situación del principio de la monarquía de Carlos I.

Moderantismo municipal

Entre 1519 y 1523, el desarrollo de la Germania tiene tres etapas claras: con la Junta de los 13, los agermanados tienen en su mano el poder municipal; desde el verano de 1521 al de 1522, la violencia y el radicalismo de los dos grupos contendientes adquiere el carácter de lucha revolucionaria y civil; con el regreso a España de Carlos V, en julio de 1522, se pone en marcha el aparato represivo, cuya pieza directora será la virreina doña Germana de Foix.

El grupo moderado de los agermanados protagonizó los primeros pasos del decurso revolucionario. No se pretendía ir más allá de dirigir la política municipal y contro-

lar los impuestos del comercio. Valencia era puerto de asentamiento del comercio italiano, la burguesía mercantil italiana ejercía un monopolio sobre exportaciones e importaciones del que los gremios querían liberarse, y con el poder municipal parecía que esto iba a ser posible.

A Joan Llorens se le ha llamado el «inventor» de la Germania. Influenciado por la ideología «republicana» (2) de Eiximenis y colaborando en la constitución de la Junta de los 13, protagoniza la etapa moderada, junto con Guillem Sorolla y Joan Caro. En las otras ciudades del Reino se crearán juntas populares para la política municipal, a imitación de la de Valencia. Cuando estalle la violencia agermanada, Joan Llorens se verá superado por esta nueva forma de concretarse el espíritu de la Germania, condenando esta tendencia que desvirtuaba, según él, el movimiento agermanado. Es un personaje típico en cualquier proceso histórico similar: en el 89 francés abundaron los Llorens. Joan Caro, otro de los moderados, es considerado como el «capitalista» del moderantismo municipal, según denominación de Ciscar y García Cárcel. Su economía personal corrió con los gastos de este asalto al poder municipal.

¿Por qué 13 miembros en la Junta? Las interpretaciones son múltiples y variadas, según la subjetividad del que lo analice: para el que quiera ver una influencia religiosa, en los 13 descubre a Jesucristo y sus apóstoles; para el que tiene conciencia de la influencia eximiana en los agermanados, piensa en una imitación de Venecia.

Agermanados en esta primera

fase fueron los artesanos de los gremios y la incipiente burguesía, enfrentados con la burguesía mercantil italiana y los nobles de núcleos urbanos. Al grito de «Viva el Rey», el ambiente popular empezó a inquietarse. Las armas dadas por el Rey iban a ser utilizadas contra los nobles feudales.

Violencia revolucionaria

La violencia revolucionaria se estrena en la batalla de Almenara en junio de 1521, a unos 25 kilómetros de Valencia, en el litoral septentrional, que supone una derrota agermanada. En el ejército de los «mascarats», equivalente a tiznados (era la facción antiagermanada), aparecen en esta batalla moros que estaban bajo el dominio de señores feudales. Junto a esta derrota hubo dos victorias: la conquista del castillo de Játiva y la batalla de Gandía, en la zona meridional del Reino. El segorbin Vicente Peris se convierte en líder del ejército agermanado, que necesitaba más de un militar radical que de un ideólogo moderado del momento de la Junta de los 13. En una de estas situaciones violentas, el palacio del virrey es atacado, y éste tiene que huir a Peñíscola, en la costa del Maestrazgo. Mientras tanto, Peris intenta tener contactos con los movimientos similares, de raíz popular, que existían en Castilla, por el camino de Orhuela, en el Sur del Reino. Es en este momento cuando hablan los cronistas de un «juntamiento con los comuneros de Castilla», que no fue posible, pues las tropas reales derrotaron ampliamente al ejército agermanado. De no haber sido así, la monarquía hispánica habría tenido que hacer frente a una situación conflic-

tiva en todo el país, lo cual le hubiera supuesto un duro esfuerzo de imprevisibles resultados.

Vicente Peris, de regreso, entra en Valencia en septiembre, pero en una de sus expediciones fuera de la ciudad, pierde, regresando de nuevo el virrey para ocupar su palacio. Don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Melito, favorece una política encaminada a negociar, protagonizada por su hermano, el marqués de Zenete (que hacía por entonces de gobernador en Valencia). Esta nueva etapa no era compatible con el radicalismo revolucionario de Peris, por lo que éste fue muerto el 3 de marzo de 1522. Su cabeza, paseada por las calles, fue después clavada en la puerta de San Vicente.

Las ciudades de Alcira y Játiva se resistieron a negociar, siendo los núcleos agermanados que persistieron en su actitud hasta el final del levantamiento popular. Játiva, con el personaje del Encubierta, alimentó un nuevo tipo de mesianismo, según analiza Fúster, que estimuló la defensa de la ciudad, dificultando la entrada de las tropas nobiliarias. Hasta diciembre de 1522, estos dos núcleos no fueron dominados.

Con el desembarco del Rey Carlos, procedente de su viaje por Alemania, donde sentó las bases de su política imperial europea, el aparato represivo va a entrar en funcionamiento, ocupando éste la tercera y última etapa de la Germania de 1519. Pero antes analicemos en qué zonas del Reino de Valencia se extendió esta explosión revolucionaria antifeudal y qué características se pueden deducir de este análisis geográfico.

Aproximación geopolítica

Siguiendo la terminología dualista del profesor Reglá (3), revisada posteriormente en la VIII Asamblea de Cronistas del Reino de Valencia (4), la situación que resulta de la conquista de Valencia por Jaime I en 1238 determina el desarrollo geográfico de la Germania. El espíritu feudal, procedente de la Corona de Aragón, se estableció en los señoríos aragoneses del interior; en cambio, los señoríos catalanes proburgueses, cuyo origen está en la repoblación catalana de tierras de realengo, ocuparían todo el litoral.

En los señoríos aragoneses, los nobles feudales tienen bajo su dominio a la población morisca del Reino, que equivale a tener mano de obra más barata que la de los cristianos, disponer de un grupo social que necesita estar bajo alguna

(3) Reglá, Joan: «Aproximación a la historia del País Valenciano», págs. 115-130. Ed. Garbí, Valencia, 1968.

(4) Reglá, Joan: «En torno a las Germanías», Crónica de la Asamblea, editada por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Valencia, 1972. Páginas 197-202.

tutela en una sociedad hostil a la herejía, en pleno proceso inquisitorial, y en el momento de defenderse pueden echar mano de estos siervos para formar un ejército. Los nobles toleraban la creencia religiosa morisca, defendiéndoles incluso ante los tribunales de la Inquisición, y los moriscos lo agradecían realizando fielmente su función de fuerza de trabajo feudal. Los nobles consideraban a los moros como su fuente económica, por ello la expulsión morisca, un siglo después, supondría una crisis de las relaciones de producción mantenidas por ambas fuerzas sociales.

Siguiendo con este dualismo interior-litoral, campo-ciudad, la Germania de 1519 se consolidó en las ciudades del brazo real por la presión que ejercía el cobro de la renta feudal. Concretando, en Valencia y sus alrededores, así como en todo el litoral (Castellón, Murviedro —hoy Sagunto—, Alcira, Játiva, Alcoy, exceptuando la huerta de Gandía, siempre fiel a la monarquía en la persona de su duque, y otras más). También en ciudades donde se habían establecido las nuevas industrias, así como las sederas (Orihuela, Játiva, Alcira), existían focos agermanados; por el contrario, las ciudades de cultivos tradicionales, como el trigo y el arroz, serán claramente reaccionarias. En esta misma línea de actuación se encuentra el Maestrazgo (Morella y San Mateo), en el interior Norte del Reino de Valencia, que ejercerá de manera clara una política antilagermanada. Sus costas serán seguro refugio de los nobles perseguidos.

Pues bien, dentro de este contexto geográfico, la Germania supondría, según Reglá, «la máxima plenitud de la Valencia litoral, y la represión de la misma, el reflujo del péndulo; es decir, el triunfo del campo sobre la ciudad, del interior del país sobre las comarcas costeras. Y un siglo después, la expulsión de los moriscos podría considerarse como el movimiento inverso: el triunfo de la ciudad sobre el campo». La geopolítica es una ciencia con limitaciones mecanicistas para explicar un proceso de desarrollo social, por lo que el mismo historiador, después de calificar la anterior interpretación como coyuntural, puntualizó en la Asamblea de Cronistas: «Me parece evidente que no se puede dejar de tener en cuenta también una explicación estructural. En este sentido, la Germania y la expulsión de los moriscos tienen en el fondo unas características unitarias: la consolidación del poderío socioeconómico por parte de la aristocracia terrateniente, como en el resto de la España de los Austrias. La Germania sería una revuelta de los "oficiales", los cuales ya no encajan bien dentro del monopolio de los gremios. La revuelta urbana entra en contacto con la realidad del campo, que se les muestra adverso



Tras el radicalismo, empieza una nueva etapa de negociaciones con la entrada en Valencia del virrey don Diego Hurtado de Mendoza (pintura de F. Blanch).

y forma un bloque compacto antiagermanado, integrado por los señores, los moriscos propietarios y los moriscos vasallos de los señores (...). La expulsión de los moriscos vendría a sancionar la imposibilidad de una revolución agraria de signo burgués —como la Germania fue un intento de una revolución burguesa en la ciudad—.

La represión: una reafirmación feudal castellano-aragonesa

Actual es el interés por analizar en nuestra Historia coyunturas que expliquen y justifiquen claramente esos cambios cualitativos que un desarrollo socioeconómico ha llevado consigo desde que el hombre se organizó en sociedad. Creciente es el deseo de encontrarse con revoluciones francesas de 1789, con una morfología tipo (analizada ampliamente por Vicens Vives y Brintón): la revuelta de privilegiados, que pone en marcha el mecanismo, se ve superada por una explosión popular que pretende la conquista del poder mediante tácticas revolucionarias, tanto políticas como armadas: en consecuencia, la reacción no se hace esperar, con un gobierno moderado que por su ineficacia desemboca en una dictadura del «terror» (léase Robespierre), y esta morfología tipo, en el 89 francés, acabó con el bonapartismo, reacción termidoriana, que supone una pacificación de la situación con una consolidación de las conquistas revolucionarias, de no ser que el proceso haya sido frustrado, pues entonces en lugar de termidorianismo se da la represión.

La Germania valenciana de 1519 participa en algunos aspectos de esta morfología, pero no se pueden buscar revoluciones donde solamente hay situaciones revolucionarias. El período 1519-1522 es un momen-

to importante, más por el proceso frustrado que supuso que por el paso hacia delante en la transición del feudalismo al capitalismo de la sociedad valenciana. Significó una reafeudalización, una reafirmación de la nobleza feudal aragonesa, en lugar de una consolidación en el desarrollo histórico valenciano de una incipiente burguesía urbana y de un campesinado liberado de los vínculos feudales por la autonomía económica que disfrutaba gracias al alza de precios.

Esta frustración agermanada quedó patente, sobre todo, con la represión (aquí no hubo termidorianismo) que ejercieron don Diego Hurtado de Mendoza y doña Germana de Foix, viuda de Fernando el Católico. Esta entró en Valencia en diciembre de 1523, iniciándose la etapa de las ejecuciones y de las multas. Más de 800 agermanados fueron presos, juzgados y ejecutados. Cada ejecución era una advertencia ejemplar y educativa para aquellos que quisieran iniciar una revuelta de nuevo. Pero más revelador que las ejecuciones en sí, fenómeno intrínseco en todo proceso revolucionario que haya naufragado, es el de la gran cantidad de multas (llamadas imposiciones) que a través de la nueva virreina fueron impuestas a todos los que se consideraba que habían participado en el bloque agermanado. La cuantía de las mismas permite concluir que no era exactamente lo que se dice «gente humilde» la que luchó en este bloque, sino que habían participado gran cantidad de burgueses enriquecidos con el auge comercial en coyunturas económicas anteriores, así como campesinos en igual situación económica. También permite destacar las ciudades que tuvieron una participación más directa en la Germania, las cuales ya hemos ido mencionando a lo largo del artículo. Las imposiciones se convirtieron en una

buena fuente de ingresos para la política imperial de Carlos I, que necesitaba un alto presupuesto económico por el carácter imperial de su reinado y la difusión de la Cristiandad que se había propuesto por tierras europeas.

La Corte de doña Germana de Foix es, para los historiadores preocupados por el origen del conflicto lingüístico en el País Valenciano, el momento de la colonización castellana entre la nobleza del Reino. El catalán se convierte en lengua no oficial, para dirigirse a la monarquía y a la nobleza que la representa habrá que emplear desde entonces la lengua castellana. Según Fúster, «la voluntad de integrarse en los escalafones de la Corte imperial y en vincularse a la aristocracia castellana» estaría en la base de esta claudicación lingüística.

El inexistente antimonarquismo inicial

Aunque en la Historia de España se estudien conjuntamente las Comunidades y las Germanías valenciana y mallorquina, entre una y otra hay más diferencias que puntos en común. Una y otra se pueden considerar como la primera crisis social y política que afecta a España en su transición de la monarquía de los Reyes Católicos a una nueva monarquía universal y abierta a las corrientes erasmistas personificada en Carlos I. Pero de ahí a afirmar que responden a los mismos móviles media un abismo.

Los comuneros organizan su levantamiento popular en defensa de los intereses de los grandes municipios castellanos y de las corporaciones urbanas, que veían la nueva monarquía de economía unitaria y absolutista abierta a Europa como un atentado contra la tradición castellana del bajomedioevo. Era un levantamiento antimonárquico. Por el

contrario, en la primera fase de las Germanías se lucha en nombre de «¡Viva el Rey! ¡Viva Sorolla! (uno de los líderes agermanados) ¡Mueran los caballeros!» (5). Es el mismo Carlos I quien, mediante cédula real, permite a los agermanados permanecer armados y defender sus intereses en la política municipal. Ahora bien, las etapas siguientes, al clarificarse la postura del Rey en favor de los nobles, tienen otro carácter, es evidente, pero en el origen de las Germanías no hubo un antimonarquismo, como existió entre los comuneros. Fue una lucha social, que enfrentó a la burguesía, los artesanos gremiales y los campesinos de tierra de realengo, con la aristocracia, los caballeros y sus vasallos, los mudéjares, por razón de las contradicciones de supervivencia que el sistema feudal estaba planteando con la entrada en una nueva sociedad de signo capitalista, burgués. En resumen, el principio del reinado de Carlos I tiene dos crisis complementarias: en Castilla, la lucha antimonárquica de las Comunidades, y en el litoral mediterráneo, la lucha social y civil concretada en la situación revolucionaria de las Germanías valenciana y mallorquina.

A pesar de estos móviles diferentes, ambas fueron a desembocar en la misma situación. La nobleza feudal castellana y valenciana se alía con la monarquía para reprimir el levantamiento popular, y desde entonces Carlos I tendrá amplios márgenes de actuación imperial, consiguiendo, como balance revolucionario, agrupar en torno a la Corona a la nobleza aristocrática, poseedora de gran parte de la tierra de cultivo y heredera del feudalismo.

El legado agermanado

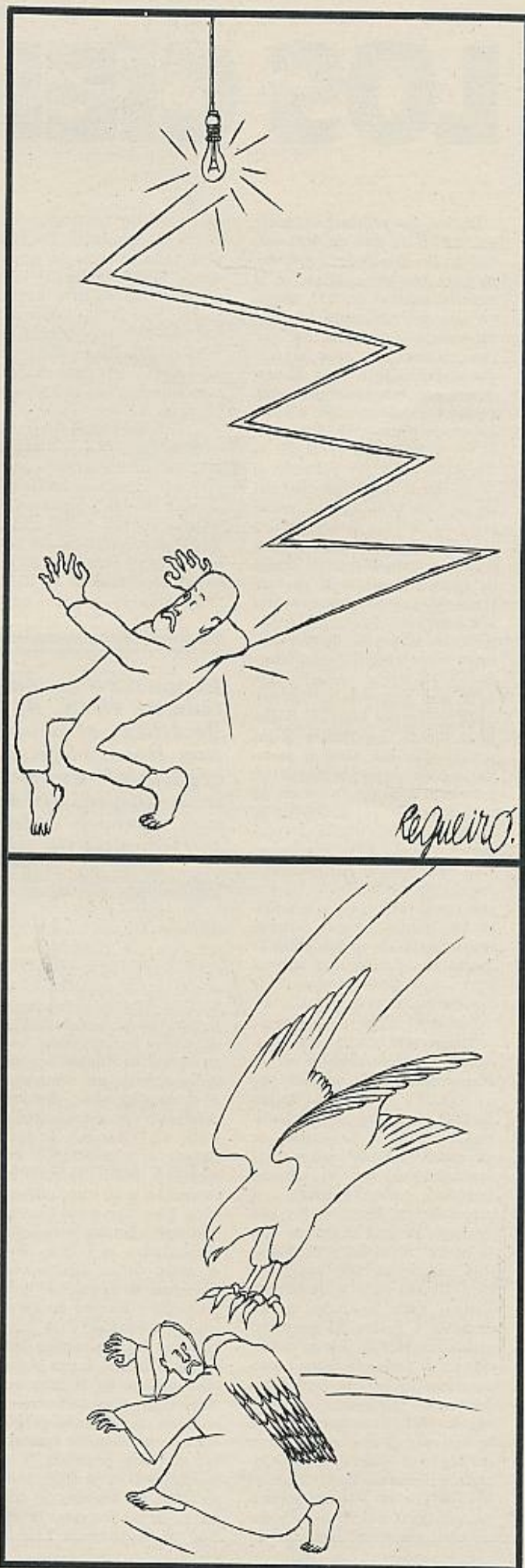
Ciscar y García Cárcel, en su estudio sobre los moriscos y agermanados, dicen a modo de conclusión: «La situación subsiguiente a las Germanías puede resumirse en una continuación del sistema feudal, con aceleración reprimida de las mismas contradicciones que las motivaron (...), la burguesía consumó su traición a sí misma, lanzándose a un crecimiento sin desarrollo, la población superó pronto el trauma de los 12.000 muertos que Miguel García (6) atribuye a la revuelta en los dos frentes (...) la represión de los musulmanes por los agermanados fue, por diversos motivos, el único legado de las Germanías aceptado por los vencedores».

Dentro del proceso de lucha social y civil había un trasfondo relacionado con la religión y la fe que se profesaba: las minorías religiosas (en el Reino de Valencia no tan

minoritarias como a veces se piensa), en concreto los mudéjares, eran una de las fuerzas productivas más rentables para la nobleza feudal; extraños en una sociedad cristiana, considerados como infieles, como extranjeros, como Tercer Mundo medieval, admitirían vivir bajo las condiciones que fueran, con tal de que alguien los tutelase. La rivalidad campesinado cristiano-campesinado mudéjar estalló también en la Germanía. Junto al odio antimusulmán acumulado a lo largo del conflicto reconquistador medieval se había creado una nueva rivalidad: el musulmán quitaba puestos de trabajo a los cristianos, ya que los nobles los preferían por ser mano de obra barata y dócil. Por otro lado, desvalorizaban el mercado de trabajo, limitando a los cristianos el ascenso económico. Por lo que el odio antimusulmán ya no sólo tenía un contenido religioso, sino también económico-social. (De entonces viene el conocido dicho popular en nuestra Península, «Trabajar como moros». En Francia, remontándose menos en el tiempo, se «trabaja como argelinos».)

Los agermanados siempre que cogieron prisioneros mudéjares les obligaron a bautizarse, a convertirse en moriscos. Esta intransigencia religiosa fue continuada por la política imperial, que el 2 de enero de 1526 publica un bando en el que se «pone el 15 del mismo mes como fecha límite para convertirse al cristianismo o bautizarse, o ponerse en camino, so pena de cautividad y confiscación de bienes». Casi un siglo después, en 1609, sería decretada la expulsión de los moriscos para justificar la misión católica imperial, acelerándose la decadencia y extinción de la nobleza feudal.

En una sociedad con la sensibilidad religiosa tan susceptible, una figura como la del Encubierto, medio mesías, medio oportunista, ha sido sugerente y conflictiva. Desde presentarse en la ciudad de Játiva como nieto de Fernando el Católico, por ser hijo del príncipe don Juan y Margarita de Flandes, hasta decir que había sido ermitaño en la huerta de Valencia o judío converso procedente del Norte de África, hay todo un abanico de sugerentes interpretaciones, analizadas por Joan Fuster en sus «Rebeldes y heterodoxos». Por su filiación real muy bien podía ejercer el papel de oposición a Carlos I, actualmente reinante, también nieto del Rey Católico. Sus antecedentes monásticos, su lenguaje de predicador y evangelizador, su origen judío, le convirtieron en un mesías, en un esperado, que alentase y diese sentido a la «guerra santa» que se estaba llevando contra la causa musulmana. Este Rey Encubierto fue muerto en una de sus expediciones por Valencia, y con él se rendía Játiva, el último núcleo agermanado. ■ J. M. M. C.



(5) Fuster, Joan: «Nosaltres els valencians», pàgines 64-69. Barcelona, 1962. 2ª edició. Edicions 62.

(6) Notario antiagermanado, que hace de cronista de los hechos ocurridos.